ALCALÁ DEL VALLE

Promesa solemne

Por nuestros hermanos de Alcalá del Valle

Dé el gobierno á nuestras palabras la interpretación que tenga por conveniente: es una de las cosas que no han de quitarnos el sueño.

Si los presos de Alcalá del Valle no son libertados serán vengados.

Vamos á repetir lo que en muchas ocasiones hemos dicho; lo que han dicho otros periódicos obreros; lo que en forma más ó menos particular y más ó menos violenta, dicen y repiten cuantos el servilismo ó la ruindad de sentimientos no ha hecho de su espíritu un venenoso y hediondo pozo.

Los obreros de Alcalá del Valle ejercían, al hacer la manifestación de solidaridad, un perfecto derecho; en el uso de éste y por orden del mil veces criminal alcalde Gavilán, fueron bárbaramente atropellados: al repeler la agresión para defender su vida ejercían otro derecho común á todos los hombres: se les detuvo contra toda justicia y después se les infligieron horribles martirios. Estos hechos vandálicos tuvieron un digno corolario: los agresores quedaron impunes; los agredidos, ametrallados, presos y martirizados fueron condenados á severísimas penas carcelarias.

Los rigores del presidio determinaron en el inolvidable compañero Mulero la terrible enfermedad de la tisis que le ha producido la muerte, y los cinco restantes sufren todavía el horrible martirio de contemplar desde los calabozos del presidio el esplendor de sus verdugos y la censurable pasividad de sus hermanos.

A semejanza de lo sucedido cuando tuvieron lugar los acontecimientos de Jerez el año 1891, se ha tratado de ahogar en sangre los destellos del revolucionarismo que en estado latente existe y sin cesar germina en aquella privilegiada región andaluza, feudo de cuatro grandes parásitos: se ha pretendido imponer por el terror á aquellos inteligentes campesinos, las leyes que sancionan la bárbara expoliación de que son objeto, á fin de poder conservar el estado de feudalismo, vergüenza de nuestra época, que aun perdura en Andalucía: se ha tenido el tesón de sostener la sentencia, tanto por ferocidad natural en los déspotas y por el mal entendido orgullo de todo gobernante, cuanto por el miedo quizá de que se exteriorizaran los terribles cargos que existen contra los causantes de tan bárbaros hechos, y ahora que el clamor se generaliza; ahora que Francia se dispone una vez mas á darnos la mano, no ya produciendo platónicas protestas, sino importantes actos que hieran á la burguesía española en su religión positiva, la riqueza, se trata, sino es un engaño más, de conceder el indulto á nuestros compañeros.

Siempre hemos repugnado todo indulto, sobre todo si nosotros hemos sido los encarcelados, porque el indulto supone clemencia, perdón, que rechaza nuestra dignidad, tanto más cuando no se ha delinquido; pero en este caso especial en que no somos nosotros los que directamente sufrimos, y comprendiendo que la revisión de la causa y una sentencia justa sería un imposible, veríamos con gusto que aunque fuera por este medio, nuestros compañeros recobraran la libertad, pero si bien lo *aceptaríamos*, no lo pediremos jamás: el indulto, aunque sea indulto, se impone, no se pide: se impone como impone la opinión todo aquello que grande y justo la apasiona.

Cumpliendo, pues, nuestro deber y nuestro deseo haremos cuantos trabajos nos sean posibles para ayudar á libertar á nuestros compañeros, pero si las gestiones todas son ineficaces, si la ferocidad burguesa, si el mal entendido orgullo gubernamental niega la libertad de aquellos manteniendo la tremenda injusticia de su condena, como en un principio repetiremos:

Si los presos de Alcalá del Valle no son libertados, serán vengados.

¡VERGONZOSO!

El espectáculo que están dando los obreros valencianos en la campaña por la liberación de nuestros compañeros de Alcalá del Valle, es denigrante, ridículo, vergonzoso.

Cuando toda la prensa obrera arrecia en sus ataques á los mezquinos gobernantes que, dominados por insanas pasiones, niegan á aquéllos la libertad que tan injustamente les fué arrebatada; cuando la campaña adquiere sus mayores vuelos; cuando nuestros hermanos de otras naciones, muy especialmente Francia, se solidarizan con nosotros hasta el punto de estar dispuestos á ejecutar importantísimos trabajos para ayudar eficazmente á la acción de arrancar del presidio aquellas interesantes víctimas; cuando aún conserva calor el cuerpo de Mulero, héroe cuyo recuerdo levanta hasta en los más morigerados vivísimas protestas de indignación y alimenta en todo obrero consciente deseos de venganza, en Valencia, donde materialmente se oyen los gritos de dolor y de rabia de los cinco supervivientes, no ya el montón anónimo, sino aquellos que han blasonado de revolucionarios, pastelean con los políticos, se hacen sordos al clamor general, aplazan los mitins, los suspenden, matan todo espíritu de viva protesta, de revolucionarismo, echan un jarro de agua fría sobre el calor general. Y todo ¿por qué? Porque los cuatro *vivos* que allá, como aquí y como en todas partes, se pasan el tiempo enredando, jugando á la comedia electoral y aprovechando la que salta, los embaucan con mentidas promesas de indulto para aquellos nuestros compañeros.

A tal punto llegan las sucias componendas, que nos consta que un manifiesto que se halla escrito é impreso, ha sido escondido en un rincón para no ser repartido, por acuerdo entre la comisión y el gobernador en sus frecuentes conferencias.

El indulto lo dará el gobierno, si es lo suficiente diplomático para, disfrazando su jesuitismo de clemencia, aprovechar un momento y que el pueblo deponga antiguos y fundadísimos rencores; ó lo bastante cobarde para ceder ante la presión del pueblo internacionalmente solidarizado para una acción enérgica que les abra las puertas del presidio; pero aquellos comediantes oportunistas ó no darán más que vanas palabras, ó á lo más anunciarán el indulto cuando el gobierno haya necesariamente de darlo, apuntándolo después en el libro de *sus victorias* explotables.

La condena que sufren nuestros hermanos de Alcalá del Valle es un desafuero tan grande, que el obrero consciente, el hombre, cualquiera que sea su condición, que sufra de ver la iniquidad triunfante, no puede ni debe hacer otros trabajos que exteriorizar por todos los medios factibles su más viva protesta y solidarizarse con cuantos como él sientan, para en breve, en brevísimo plazo sacar á los obreros de Alcalá del presidio de San Miguel de los Reyes por la puerta natural del edificio ó por la que el pueblo abra en los muros con sus puños.

Aun es tiempo, obreros valencianos. Dejad la política para los políticos y las regias visitas para los monárquicos y para los mercachifles que se monarquizan para anunciar sus productos, que venderán á más altos precios aunque sean adulterados; uníos con vuestros compañeros los obreros de todas partes para llevar á cabo una acción común y decisiva, y propongámonos todos que, ó no se celebre la Exposición de Valencia, ó la bandera más alta que en ella ondee sea la que anuncie la libertad de los obreros de Alcalá del Valle.

EN LA RUSIA ARGENTINA

La acción de los Judas

Los Judas no han muerto; la hez maldita de los traficantes de la vida y de la dignidad ajenas, no han desaparecido con el ahorcamiento de aquel personaje fatídico de que nos hablara la leyenda bíblica, que por treinta dineros vendiera al apóstol de Galilea, que traía para los pueblos los bríos de su mente y los impulsos de su corazón magnánimo y la rebeldía contra los amos del terruño, contra los potentados, contra todos los tiranos y mandones.

Esta leyenda atravesó toda la historia y se transformó en una realidad en los modernos tiempos de pelea contra los herederos de aquellos señores, hoy dueños de la tierra y de todo lo que representa vida en las sociedades contemporáneas.

En Galilea Judas vendió á Cristo; hoy otros venden al proletariado, porque no se presta á seguirlos por el camino de la infamia. La historia se repite. Unas épocas son el complemento de otras épocas, unas cruzadas de otras cruzadas, unas epopeyas de otras epopeyas... La muerte no es más que una nueva forma de la vida, es, mejor dicho, la renovadora de ésta, de la misma manera que un organismo es el continuador de otro, y una sociedad de otra sociedad y unos hombres de otros hombres.

Y así como el cristianismo con sus renovaciones trajo consigo los odios de todos los rutinarios de su tiempo, así también las modernas ideas de redención social y humana que atacan todo el sistema social en su base, con su propiedad privada, su Estado, su Iglesia, su moral obligatoria y todo su andamiaje, traen tras sí, toda la maldad, todas las rabias de los impotentes, para contrarrestar la fuerza revolucionaria que va derecha como un rayo á la conquista de todos los derechos, de toda la libertad y de toda la dicha.

De nada nos extrañamos; sabemos por experiencia propia que los que viven en el ayer, no podrán nunca soñar en un mañana radiante de sol, porque sus rayos los dejarían ciegos.

—

La historia de los Judas modernos es negra, negra como una noche sin estrellas. Ellos traicionaron en todas partes, prestándose á todas las infamias, apelando á todas las bajezas y ruindades, pues para mejor cumplir su misión, cubriéronse de un manto con tinte democrático y se llamaron socialistas.

No es necesario recordar la delación hecha por Marx contra Bakounine, ni las traiciones de ese *partido defensor de los obreros* (!) cometidas en España, en Francia, en Italia y en casi todas las partes del mundo contra los trabajadores revolucionarios, que han desoído sus ruegos mansos. Vamos á hablar de lo que han hecho en la Rusia Argentina:

Los socialistas y anarquistas en los primeros albores de su propaganda iban casi unidos, pues aunque existía una gran distancia entre estas fracciones del socialismo desde La Internacional, acentuada más tarde en el Congreso de Londres, en América, dado su número insignificante, marchaban juntos cuando se trataba de defenderse contra la burguesía y el Estado, pero á medida que el anarquismo fué demostrando su personalidad propia, el partido socialista empezó su obra nefanda, poniéndose por completo al servicio de la burguesía y del principio de autoridad. Tras su fracaso en el segundo Congreso Obrero celebrado el año 1901, en donde los anarquistas tuvieron un contingente de fuerzas abrumadoras, los socialistas adquirieron un odio insano contra todo lo que no fuera obra de su orientación. En ese año tuvo lugar la primera huelga general del Rosario de Santa Fe con gran éxito, y aquella fracción política trató de vender el movimiento, cosa que no pudo conseguir, gracias á la valentía de los anarquistas; en ese mismo año se celebra una controversia pública sobre la lucha parlamentaria entre dos individuos de ambas fracciones, y en el local donde se celebraba tuvo lugar un escándalo, cosa para que los miembros de ese partido *obrero* sirvieran de delatores contra nuestros camaradas; en 1902, en ocasión de la huelga general y de la *Ley de Residencia*, ellos, por medio de sus hojas, mantenían el fuego, señalando á los anarquistas que debían de ser expulsados del territorio como peligrosos, por estar comprendidos en dicha ley.

Esto es de lo más antiguo; de lo más reciente, está lo de 1904 y de 1907: en esas fechas se declararon huelgas generales, la última para hacer por la fuerza que la Ley de extrañamiento desapareciera; ahora ese partido nuevamente traiciona el movimiento que como protesta contra los fusilamientos del 1.º de mayo declarara la Federación R. Argentina y apoyara en un principio todo el pueblo, pues aleccionado por el triunfo último del mes de febrero, en el Rosario había apelado á la fuerza, como único medio de detener el avance de la burguesía que quería aprovecharse de una crisis económica latente, para aplastar el movimiento que con orientación anarquista ha prometido el derrumbamiento de todo lo existente, para así acercarse á la sociedad libre y anarquista, sin esclavos y sin amos, sin gobiernos y sin gobernados.

Y en esta emergencia también el proletariado, por millonésima vez, fué vendido por esa chusma de renegados, de impotentes, de incapaces, que viven engañando á los pueblos.

Desde aquí, para que todo el mundo lo sepa, lanzo mi anatema contra esos modernos Judas traidores del proletariado.

Los obreros de Barcelona, que tanto se fían de los malos pastores republicanos y socialistas, pueden verse en ese espejo. ¡Aprendan!

L. Hobbes

Progreso y Miseria

La mecánica adelanta sin cesar. Pero la humanidad no ha sacado de sus progresos más resultado que la transformación en hombre-máquina del productor, que en otro tiempo pudo ser artista. La invención y el progreso científico son la nota característica de nuestro siglo. Las máquinas emplean cada día con mayor ventaja, en todos los ramos de la producción, las incalculables fuerzas que la Naturaleza puso al servicio del hombre. Pero la organización de la sociedad ha querido que de este aumento de riqueza natural sólo resultara un beneficio para una pequeñísima parte de la humanidad.

Precisamente para los productores genuínos los resultados han sido fatales. El uso de las máquinas y de los procedimientos mecánicos han hecho de ellos verdaderos esclavos. La pobreza es el único patrimonio. Al exceso de producción corresponde un exceso de miseria.

La tierra generosa y la mecánica industrial pueden hoy dar á la humanidad cuanto pueda necesitar. Esto lo ha demostrado de una manera científica y acabada nuestro amigo y maestro Kropotkine en su obra admirable *La conquista del pan*, y, sin embargo, son cada día más numerosas las víctimas del hambre, de la miseria y de las enfermedades que de ellas resultan.

El remedio es sencillísimo, como está ya demostrado. Pero este remedio se niegan y se negarán á aplicarlo nuestros flamantes economistas y nuestros desalmados gobernantes, so pretexto que hay cosas sagradas á las que no se debe tocar. ¡Cómo puede ser sagrado ni digno de respeto aquello que, á cambio de ventajas discutibles para unos pocos, trae vinculados consigo los sufrimientos y la muerte para los más!

Las generaciones venideras, libres de ciertas preocupaciones inconcebibles, no podrán menos que reirse de la estupidez de nuestra burguesía, al paso que maldecirán los crímenes monstruosos de nuestra legislación.

F. Tarrida

La calle de Lerroux

Ya se sabe la gran novedad que prepara el lerrouxismo triunfante en las últimas elecciones municipales.

La cosa vale la pena.

Nada menos que la fuerza de 55 000 electores—que es, si no recordamos mal, el número vigente de votos que tiran del carro lerrouxista,—se ha necesitado para realizar la reforma transcendental que dará á Barcelona una envidiable superioridad sobre Reus, París y Londres.

Barcelona borrará el nombre de Fernando de su calle principal, y en su lugar pondrá un azulejo en que se leerá:

Calle de Lerroux
Carrer d'en Lerroux

Eso propondrá en su primera reunión la flamante mayoría lerrouxista del Ayuntamiento de Barcelona, y como votos son triunfos...

Con esa reforma no se conquista todavía la *Gaceta*, gran objetivo del lerrouxismo, ni siquiera el *Boletín Oficial*, ni la ciudad mejorará su administración, ni su higiene, ni su cultura, pero el jefe, D. Alejandro, aumentará considerablemente la altura que ha de hacer más tremendo el batacazo de la futura caída, y quizá algún concejal gane el ascenso de candidato lerrouxista en las primeras elecciones que se presenten, quedando los demás con el ascenso correspondiente en el escalafón lerrouxista ó por mejor decir arrivista, exceptuándose el exdiputado obrero sin trampa ni cartón que de diputado ha descendido á concejal.

Otro propósito llevan los concejales lerrouxistas: la erección de una estatua de Lerroux en el Paralelo. ¿Qué menos ha de hacerse con el hombre popular, cuando la burguesía tiene estatuados á López y á Güell?

Con esas dos reformas cuya necesidad tanto se hacía sentir, los lerrouxistas no arrivistas, los jornaleros, los simples votantes y ovacionantes, los que en el partido sirven de masa y de comparsa, los que por su pasividad ó por su actividad negativa ó cangregil niegan que la emancipación de los trabajadores ha de ser su propia obra, podrán saciar su ansia de santonismo.

En cambio la juventud burguesa y clerical, la que va los días de precepto á misa de doce á San Jaime y baila la sardana del ritual nacionalista en donde quiera que la tocan, esa quedará echando chispas de rabia al leer el odiado nombre en su calle predilecta y no pasará ni á tiros por el Paralelo.

Con todo lo cual y con muchas cosas más tristemente características, Barcelona, la ciudad que pretende ser la población más europea de España, se manifiesta borreguilmente infecta de personalismo y revela un positivo atraso, en la que le retienen la ignorancia popular de radicales y catalanistas por una parte y el consiguiente endiosamiento de sus jefes por otra.

Sin tantas pretensiones, en Madrid, la villa del tifus y el madroño, en el mitin de los futuros concejales se ha hablado de convertir el Municipio en Convención.

LA PATRIA

El planeta está recortado políticamente por una red de fronteras que dividen las diversas partes de la tierra declaradas propiedad imperial, real ó nacional, y se ha de realizar toda una revolución del pensamiento antes de modificar á este respecto las convenciones tradicionales. Por lo demás es tanto más fácil desatinar, engañarse y engañar á los demás en semejante asunto, cuanto que se imaginan bajo una misma palabra cosas muy diferentes y que hasta se las emplea en la conversación corriente en sentidos muy opuestos de amor y odio, de ternura y de ferocidad. Tal es la palabra «patria», que significa el lugar donde se despierta á la vida en los brazos del padre, y que se comprende también como el territorio cerrado en cuyo rededor todos los hombres son enemigos.

Verdad es que, tomada en su primera acepción, el amor de la «patria» es legítimo y normal. Se ama naturalmente más lo que se conoce mejor: nada más conforme á la evolución humana. La comunión de amor creada por el trabajo hace querer el surco de donde se ha sacado el sustento, donde se ha penado, donde se ha sufrido, y también donde, después de penas y fatigas, se ha encontrado consuelo y reposo. En esta tierra que os ha dado la existencia y los medios de conservarla, se han formado también todas las asociaciones de la vida, en ella, después de haber mamado la leche materna, se vieron y se conocieron todos nuestros semejantes, se amó y se fundó la familia, se saboreó la caricia del lenguaje que se comprende y del canto que nos hizo reir ó llorar. He ahí puras y nobles fuentes que manan directamente de las condiciones normales de la vida. No es extraño que cada grupo humano, creyéndose, si no solo en el mundo, al menos el único interesante y merecedor de la felicidad, dé un valor excepcional al rincón de tierra que habita, ni que las otras regiones le parezcan inferiores porque no le pertenecen. Además, las comarcas más populosas, las «patrias» más «ilustres», distinguiéndose entre todas por ventajas materiales evidentes, dan á sus habitantes la idea de un mérito colectivo, como si el suelo del territorio nacional, más noble que el de otros países, fuera una recompensa especial debida á sus residentes por el Destino.

Esta ilusión de propietario explica hasta cierto punto la pretensión que tiene el patriota de amar su país con amor excesivo; pero á esa causa se unen otras que son execrables. Si en toda nación se encuentran individuos que trabajan por desembarazare de toda preocupación, de todo impulso irracional, de toda idea puramente tradicional, la nación misma en su conjunto se halla todavía en la moral primitiva de la fuerza; complácese en asolar, arrebatar, matar y cantar victoria sobre los cadáveres insepultos; se glorifica con todo el daño que sus antepasados hicieron á otros pueblos; se entusiasma, enloquece celebrando en verso, en prosa, en representaciones triunfales todas las abominaciones cometidas por los suyos en país extranjero, y hasta invita solemnemente á su Dios á participar en la embriaguez popular. Y no se limita á ponderar las matanzas antiguas, sino que se complace en preparar otras nuevas, no sólo contra países limítrofes, sino, lo que es más incomprensible, contra tierras lejanas cuyos habitantes ni siquiera han oído hablar de sus invasores. Al amor del suelo y de la lengua natal, que se alaba siempre cándidamente como fuente de patriotismo, se mezclan la avidez del pillaje y el odio al extranjero para hacer que florezca esa flor híbrida que suele celebrarse como la más bella. No obstante, los progresos morales é intelectuales realizados durante el curso de las generaciones han abierto muchos ojos; no son pocos los que comienzan á comprender cuán absurdo es en los otros ese egoísmo «etnocéntrico» que no quieren admitir que sea tan estupido en ellos mismos. Cualquiera que sea nuestra verdadera significación nacional, todos queremos ser el «pueblo del Medio», como los Chinos. Si la «gran nación» francesa ha repetido por las mil voces de sus diarios que «marcha á la cabeza de la civilización», Hegel, á quien los alemanes creen confiados en su palabra, afirma que su pueblo es «la incorporación del espíritu objetivo». lo que puede traducirse por esta frase más sencilla: «los alemanes son los únicos que comprenden la verdad».

Al mismo género de manía ha de atribuirse el insistente mal gusto con que los sabios de diversos países afectan hablar de sus trabajos como perteneciendo á la ciencia «alemana», á la ciencia «francesa», sin comprender que esa vanidad es tan ridícula como la que resultaría de envanecerse de la ciencia «borgoñona», «valdense» ó del Salzkammergut.

¡Qué contraste con el lenguaje de nuestros antepasados de 1789! Escúchese á Condorcet hablando del establecimiento del sistema métrico: «La Academia ha procurado excluir toda condición arbitraria, todo lo que pudiera indicar á sospechar la influencia de un interés particular de Francia ó de una pretensión nacional; ha querido, en una palabra, que, si los principios y los detalles de esta operación pudieran pasar solos á la posteridad, fuese imposible adivinar por qué nación fué ordenada y ejecutada». Y el decreto de la Constituyente en 1792 reproducía la idea en términos semejantes. En la misma época el estandarte del conde de Warwick, tomado durante la guerra de Cien años, fué quemado por la guardia nacional de Montargis como tributo respetuoso á la fraternidad de los pueblos.

El fondo del debate sobre la idea de patria y sobre los problemas políticos en general consiste en saber si existe una moral colectiva diferente de la moral individual; si la grosería censurada al hombre aislado es plausible en los grupos cultos. La psicología de las multitudes es indudablemente una ciencia nueva, pero no ha intentado jamás presentar como bueno lo que constantemente condena como malo en el individuo. Basta conformarse con la «moral cristiana», para tener que admitir la verdad de la observación de Tolstoi: «Si es vergonzoso para un joven manifestarse groseramente egoísta, sea no dejando comer á los demás, sea apartando á los débiles que le cierran el paso, sea valiéndose de la fuerza para privarles de lo necesario, no menos vergonzoso es desear lo que se llama engrandecimiento de su patria, y, puesto que se considera necio y ridículo hacer su propio elogio, también debiera juzgarse necio hacer el elogio de su país...» El egoísmo colectivo es todavía más funesto que el egoísmo individual, porque se multiplica al infinito; si cada persona humana tiene derecho á nuestra simpatía y á nuestra adhesión, con mayor motivo lo exigen cada grupo de hombres, cada tribu, cada nación. Ateniéndose sencillamente á la moral, tal como se practica actualmente entre gentes que se respetan, los odios patrióticos no tienen ya razón de ser.

Elíseo Reclus

(De *El Hombre y la Tierra*)

GRAN SORTEO

de tres valiosos lotes de libros á beneficio de "Tierra y Libertad"

Primer lote: La colección completa de los libros editados por la Escuela Moderna, de Barcelona y un ejemplar de la gran obra de Elíseo Reclus. *El Hombre y la Tierra*, edición de la misma Escuela Moderna.

Segundo lote: Un Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana, edición de la casa Seguí.

Tercer lote: Una colección de libros de sociología (40 cuando menos) cuidadosamente elegidos y que forman una modesta biblioteca; una suscripción á la revista *Salud y Fuerza;* los números ya publicados y los folletos editados por la misma revista, y una colección de folletos de propaganda, tan completa como sea posible, de todos los editados en castellano.

Oportunamente diremos el día y forma en que se celebrará el sorteo Como si bien se han vendido hasta ahora una buena cantidad de billetes, son muchos los que aún nos quedan, esperamos que cuantos se interesan por la prosperidad de Tierra y Libertad, estimularán su venta, á fin de que el resultado de la rifa sea todo lo beneficioso que el estado del periódico necesita.

Precio del billete: **0'15** de peseta

De la propaganda

Propagar el Ideal es vivirlo.

El Ideal nuestro es patrimonio de todos y no puede ni debe encerrarse en un corazón, porque pertenece á muchos corazones. Acapararlo para sí, para el grupo, es hacerlo mezquino, es hacer del Ideal una mercadería. Entonces, para vivir el Ideal es menester extenderlo á todos, porque es de todos, como es de todos la luz del sol y el agua de los ríos.

Ahora bien ¿cómo debe propagarse el Ideal? ¿Por el libro? ¿Por la acción? ¿Por la escena? Ya se ha dicho mucho y se escribió más, acerca de estas clases de propaganda. Quien prefiere el libro, poderoso clarín que retumba sonoramente en todos los rincones de la humanidad; quien discute la acción, de formidables vuelos instantáneos, que hace vibrar en pocos minutos á todos los hilos del telégrafo; quien defiende la escena, semillero de luces que sintetiza los siglos en cuatro horas; quien en fin, discute la conveniencia de otros muchos medios eficaces para la propaganda del Ideal, como la huelga, como la hoja, como la rebeldía.

Es un error; es un grave error.

Propagar el Ideal de una ó tantas maneras determinadas; creer que la palabra tiene mayores probabilidades de abrirse paso en el espíritu oscuro de las muchedumbres; hacer uso, en fin de la escena en el teatro y desaprobar la propaganda individual por tales ó cuales consideraciones; todo lo que sea nivelar sistemas á base de criterios personales, es uno de los más graves errores que padecemos á sabiendas ó por puro espíritu de leguleyería.

La propaganda del Ideal no debe tener límites; debe hacerse á toda hora y en todas partes, con la palabra y con el libro, con la bondad y con la rebeldía; entre los nuestros y los extraños, en el café y el paseo, á través de los días y de las fronteras.

Desde el himno revolucionario cantado á coro en el taller; desde el gesto de ira y la bofetada, desde el manifiesto y la discusión, el hacha ó la tea; todo cuanto se relacione con la propaganda del Ideal, con la liberación de la esclavitud, con el enjuiciamiento de este inconcebible estado de cosas, todo lo que sea propaganda es útil, es tiempo aprovechado, es realización, es Futuro.

El que va solo por la calle, camino del taller, silbando «La Internacional» hace propaganda, del mismo modo que la hace el que, aparentemente distraído, muestra á los demás el título rebelde del periódico que va leyendo en el tranvía.

La propaganda está en el patio del conventillo y en la kermese de los explotadores. En el cantar de la mujer obrera que arrulla al niño ó suda el mendrugo al lado mismo de las poleas; hasta en la corbatita roja de los más entusiastas, hasta en el clavel de sangre de los días de fiesta!...

No, no debemos circunscribir la propaganda á un sistema determinado, sino á todos los sistemas, á todas las horas y á todos los días. Así solamente se vive la vida del Ideal, así se apresura á cada instante el advenimiento de la vida mejor que pronto, tal vez muy pronto hará de la tierra un paraíso y de las razas una familia de seres útiles como sanos, trabajadores como libres!

***

SEVICIA

El autoritarismo, el capitalismo y el religiosismo fueron siempre partidarios de la crueldad, de la ferocidad superhienesca, de la sevicia. Siendo el autoritario, el capitalista y el religioso tres principios falsos, tres causas de la injusticia, de la maldad, de la ignorancia, solamente por el terror podían subsistir. Fué el Estado el que se impuso á todos por medio de la fuerza: fué el Capital el que despojó á todos de sus legítimas participaciones del patrimonio común; fué la Religión la que á todos embrutecí é hizo sumisos con sus doctrinas absurdas. La esclavitud era un hecho. La trilogía Autoridad-Capital-Religión fué dueña del mundo. Unidos los tres principios en uno solo, «poder», triunfaron. ¿Por qué? Porque los sacerdotes, los jefes, los propietarios —todos amos de todo,—engañaron y embrutecieron á las masas ignorantes. Y como jefes, propietarios y sacerdotes eran los peores ejemplares de la especie, como eran los más malvados, contagiaron de maldad á la generalidad de los hombres. Y el triunfo de la iniquidad fué completo, absoluto, cuando los tiranos hubieron conseguido hacer á cada esclavo enemigo de otro.

Todos sabemos las mil concausas que hicieron posible el establecimiento de una sociedad basada en la opresión y la explotación de los hombres. La ignorancia atávica fué la causa primordial de que así ocurriese. Los más fuertes en músculo ó inteligencia, engañando á unos é imponiéndose á otros, se proclamaron dueños de todas las cosas y de todos los seres. Al que no se le pudo someter con el temor de las penas de ultratumba, se le sometió con los castigos terrenos. Pero fué «Dios» el verdadero «coco» de la mayoría. Las religiones fueron las más culpables de la maldad humana. Y los hombres creyeron que nada ni nadie podía sacarlos de la esclavitud, porque un ser invisible y temible, que sobre todos tenía potestad, así lo quería. Además, los tiranos, los explotadores, los sacerdotes, eran representantes de aquel ser. ¿Cómo, pues, oponerse á lo que ellos ordenaren? ¿Cómo no conformarse con ser esclavos, si una fuerza superior á la de los hombres instituía los tiranos? Y los esclavos fueron sumisos. Los rebaños dejáronse conducir dulcemente por los pastores del «Señor», considerando que al portarse con tal mansedumbre, se harían acreedores á una felicidad eterna en paraísos que lorjábanse reales.

Mas, por ventura, en el momento en que surgió un tirano, hizo su aparición sobre la tierra un rebelde; en cuanto hubo un creyente, nació un impío; al punto de aparecer un propietario, creóse un expropiador. Así fué como los hombres, que debieron amarse por ser la especie animal más inteligente, se odiaron, fueron enemigos, se declararon guerra feroz entre ellos. Los que por su astucia habíanse hecho amos, sacaron del rebaño esclavo á los más intrépidos, á los más ambiciosos, á los más brutos, para que defendiesen sus privilegios. Y los esclavos, que eran ensalzados por sus amos, en su estúpida ignorancia, consideráronse también superiores á los demás, y fueron tan crueles como sus dueños, como ellos tan imbéciles y malvados, y al defender á los tiranos, al combatir contra los esclavos, estos esclavos malditos, defensores viles de las iniquidades de sus «señores», creyeron defender una buena causa, creyeron, ¡los muy bestias!, cumplir con un deber...

Ha sido siempre por el temor por lo que se ha sostenido la Autoridad, la Propiedad y la Religión. Es ridículo querer hacer creer otra cosa. Si no hubiese sido por la fuerza bruta, nunca hubiesen gozado de sus privilegios los que por medio de la fuerza los crearon. Aun así, no han disfrutado tranquilamente de ellos. Siempre hubo rebeldes que perturbaron las digestiones de los burgueses de todos los tiempos. Entre tiranos y esclavos ha existido continuamente una lucha feroz. Toda la historia de las sociedades humanas se puede condensar en una palabra: sevicia. Primero unos individuos se impusieron á otros, y dominaron por medio del terror; después otros individuos se rebelaron, triunfaron, y los dominadores se convirtieron en dominados. Todo ha sido una lucha cruenta entre los de abajo y los de arriba. Los que protestaban de las crueldades de los tiranos, haciánse á su vez tan tiranos y tan crueles como los que quitaban para ponerse ellos. Ni una sola vez ha habido paz en la tierra. No la habrá mientras subsista la sociedad capitalista, autoritaria y religiosa. Solamente guerras, crímenes, vicios, miserias, pueden haber en una sociedad tan infamemente organizada como ésta, que ha existido siempre idéntica en la esencia, aunque haya variado algo en la forma. Y en tanto esté en pie esta sociedad maldita, esta sociedad de tiranos, de explotadores, de esclavos, de imbéciles y de canallas, no habrá ni paz, ni justicia, ni libertad, ni cultura, ni solidaridad, porque la Autoridad, el Capital y la Religión engendran odios, producen injusticias, hacen á los hombres tontos y criminales.

La crueldad ha sido siempre norma de los tiranos. Todo el poder del Estado descansa en el terror que inspiran sus esbirros: la Propiedad es respetada, no porque se crea en su legitimidad, sino por ser garantida por la fuerza; la Religión no triunfó por la persuasión, sino porque fué impuesta á las conciencias violentamente. No hay nada sagrado, nada justo, nada bueno. Sólo la imbecilidad y la ignorancia han podido creer en la bondad de la Autoridad, en la legitimidad de la Propiedad, en la divinidad de la Religión. Todo es falso. Por eso nunca pudieron sostenerse esos tres apoderosos limpios de pecado. Son ellos las causas del mal, son ellos los que producen el mal, son ellos los que se sostienen por el mal y para el mal. Ríos de sangre han derramado; los muertos que han causado esos tres principios monstruosos, forman una pirámide gigantesca, infinita; las lágrimas que á la especie humana hicieron llorar, son un lago inmenso. Y esto continúa aún. Veinte siglos después del Cristo, la barbarie reina lo mismo que veinte siglos antes. Pero ya va debilitándose el poner del Estado, del Capital y de la Religión. Los rebeldes minan los cimientos de esta sociedad. ¡Tal vez este siglo veinte sea el último de la tiranía y la explotación! Pero no sería raro que antes de que así suceda, vuelva otra vez á manifestarse con toda su crudeza la sevicia de la burguesía, como en Montjuich, como en Alcalá del Valle, como en otras mil ocasiones...

José Chueca

Zaragoza.

SUSCRIPCION INTERNACIONAL

para las víctimas y presos en España por cuestiones sociales

	Pesetas
Suma anterior.	348,85
Perpignan.—Centro Recreativo Librepensador	10,05
Pueblo Nuevo del Terrible.—A. G. . .	5,25
Total. . .	364,75

¡CRIMINALES!

Sí: criminales en toda la extensión de la palabra son esos innumerables individuos que, desde que se levantan hasta que se acuestan, no hacen otra cosa que rendir homenaje á su Yo, encarnación de todas sus aspiraciones en la Tierra.

Me refiero, como es natural, á ese ejército de degenerados que, amparados bajo el ignominioso lema de *«comer, dormir y patear»*, se pasan la vida en constante juerga, despertando, como es lógico, con su criminal proceder el odio de los desheredados, ese santísimo odio que emana del pecho de quienes se sienten heridos en su dignidad ante las inhumanas acciones cometidas por esos—¡qué sarcasmo!—llamados hombres que, en su desenfrenada carrera, no tienen tiempo para apercibirse del cúmulo de calamidades que afecta á sus semejantes, semejanza que desaparece en virtud de la absurda lucha de clases.

Pensé en un principio poner á estas líneas el título de «Egoístas», pero tras madura reflexión he optado por el de «Criminales», por entender que, en realidad, es el más á propósito para calificar el horrendo crimen de lesa humanidad cometido por esos sin entrañas que ven impasibles la muerte por inanición de millares de hermanos suyos, en tanto que ellos no saben de qué medio valerse para desprenderse del oro que les aprisiona, de ese vil metal que es la causa generadora de la extinción del sentimiento humanitario, innato en el hombre.

Porque vamos á cuentas: ¿habrá cerebro medianamente cultivado que pueda dar acogida al absurdo de que un individuo sea irresponsable de un crimen tan horrendo cual es el de *lesa humanidad* por el mero hecho de que al venir al mundo—muy al contrario de lo que les ha sucedido á la inmensa mayoría de las criaturas,—sus progenitores han cuidado de hacerle un presente aurífero?

No: de ninguna manera podemos aceptar esa teoría, porque de hacerlo caeríamos en la abyección, seríamos reos del mismo delito que censuramos, y esto á todas luces es incompatible con las modernas teorías que imponen al individuo su autonomía cerebral, y en virtud de esa Ley ineludible no puede menos de rechazar aquello que,